

## Libro: *Odio a la democracia*

**Autor: Jacques Rancière**

*Odio a la democracia* consiste en un análisis de las causas históricas y sociales a través de las cuales se ha generado un tipo de discurso que encuentra a la democracia como un sistema político que entraña en sí mismo una forma de gobierno que ha justificado, producto de sus mismas implicaciones, excesos de comportamiento que se representan, por ejemplo, en los nuevos modos de filiación social y trato entre ciudadanos. Vista así, se concibe a la democracia como una forma de gobierno y de ordenamiento social, que se ha transformado en fuente de los mismos males que ella misma habría de combatir, tal como es el caso del individualismo y, contrario a este, de la pérdida de identidad de unos sujetos que han sido “consumidos” por una idea de hombre más abstracta y compleja, con la cual todo hombre o ciudadano debería identificarse.

El análisis de esta tesis es lo que Jacques Rancière se propone llevar a cabo mediante la implementación de una estrategia que, si bien parece seguir un hilo histórico, intenta asegurar que sea comprendido el origen y las causas del problema objeto de estudio del mencionado libro. Así, por ejemplo, analiza cuáles han sido las razones por las cuales la democracia, lejos de entenderse como un sistema idílico de gobierno, dejó de asumirse como una forma privilegiada en la que el pueblo cumplía una doble función: la de gobernar y ser gobernado; para pasar, por el contrario, a entenderse como un sistema que motivaba el “desorden de las pasiones ávidas de satisfacción” (p. 16).

En estos términos, lejos de ser un gobierno del pueblo para el pueblo, la democracia ensanchó la brecha que ella misma estaba convocada a cerrar, por no decir que prohibir. Se trata de la posibilidad de establecer una serie de distinciones sociales en las que la dominación, control y sujeción de unos por parte de otros era posible, con lo cual se posibilitaban formas de asociación (negociación) o trato que representaban la negación misma de la idea de igualdad promovida por la democracia. Rancière advierte en esto una especie de paradoja o contradicción que, según se muestra en el texto, le correspondería a la misma democracia tratar de remediar; es decir, si bien la democracia es la generadora de estos “males”, es ella misma la que debe poder encontrar una solución para ellos.

Una de las explicaciones dadas al hecho de que esto esté pasando con la democracia, se apoya en la idea de que las desigualdades, que ella misma parece estar justificando, están sustentadas en presupuestos filosóficos y políticos que abogan por tratos y relaciones igualitarias entre individuos. Esto hace pensar que, antes que negar las desigualdades, estas son incorporadas en el sistema político bajo la creencia de que es natural que haya quienes tengan la capacidad

para gobernar o mandar y quienes no. Acá se vislumbra la idea de concebir el azar como aquel elemento que se encuentra por encima de las relaciones sociales, pero que las determina y las hace comprensibles. Sin embargo, lejos de pensarse como la posibilidad de ser esto mismo una expresión democrática, se entiende que las relaciones sociales, pensadas así, y fundadas en una idea de desigualdad, son, por el contrario, un sistema tiránico, aristocrático u oligárquico, en donde si hay huella alguna de participación popular, esta se encontraría en la posibilidad que tienen las personas, por ejemplo, de elegir (o votar), expresarse o asociarse.

Esta forma de entender el problema hace pensar que el individuo está sujeto a unas estructuras e instituciones (Estado) que orientan o, incluso, justifican los comportamientos que se esperan de él dentro de una sociedad. Así, y siendo estas instituciones dirigidas por quienes, gracias a la elección, el azar, o la fortuna, gozan de la capacidad para hacerlo, se afirma que si hay desigualdades, estas no representan como tal la negación tácita del reconocimiento del otro dentro de la participación ciudadana; solo que tales diferencias están justificadas, por ejemplo, por la naturaleza, y que lo que se hace con la formación (académica) es fortalecer lo que el azar mismo ha establecido. Entonces, lo que el gobierno mismo representa es el reinado en nombre del pueblo.

No obstante, y pese a que el análisis de Jacques Rancière podría llevar a pensar que, en efecto, no hay una idea clara y válida que permita justificar la democracia como forma de gobierno (contraria a otras como la autarquía y la oligarquía, por ejemplo), en la cual se reconozcan los derechos y libertades de los ciudadanos, no hay que olvidar que lo que el autor muestra es la tesis opuesta a esta, esto es, la de que:

La democracia no es ni esa forma de gobierno que permite a la oligarquía en nombre del pueblo, ni esa forma de sociedad regida por el poder de la mercancía. Es la acción que sin cesar arranca a los gobiernos oligárquicos el monopolio de la vida pública, y la riqueza, la omnipotencia sobre las vidas. (pp. 136-137)

En este sentido, sostiene Rancière, todas aquellas quejas, reclamos y odios contra la democracia, como aquella forma de gobierno que parece desestabilizar el orden de la vida social, lo que hacen es obligarnos “a encontrar la potencia singular que le es propia”.

**Yobany Serna Castro**  
Universidad de Caldas  
Departamento de Filosofía